

Cuentos de la Plaza Fuerte.

La cenicienta

La guerra. La guerra trajo a Alfredito Aldridge hasta San Juan Bautista de Puerto Rico. Hacia tres días, que Alfredito Aldridge vagaba por ~~una~~ ^{la} ciudad española echada a perder por ~~un~~ ^{el} mal gusto americano que es San Juan Bautista de Puerto Rico, sin saber que hacía. La ciudad era demasiado pequeña para que alguien pudiera sentirse dentro de ella como dentro de una gran ciudad. Sin embargo no era lo suficiente pequeña para lograr algunos reposos pueblerinos. Había cierta inestabilidad en el espíritu de la ciudad, las ve, la misma inestabilidad que llevaba Alfredito Aldridge en su propio espíritu. Pronto, su intento de pasante cosmopolita descubrió que el encanto mayor de la ciudad era esperar la media noche, cuando la ciudad empezaba a apagar, cuando se retiraban todos los cerros lentes de vidrieras y los cinematógrafos, y el casco viejo de la ciudad quedaba en poder de los mendigos, de algunos perros realengos, de alguna que otra ramera sonámbula. Aquella noche, una ~~luna~~ ^{bitlase} de luna de noviembre se había dedicado a ~~apagar~~ ^{a temerle con} las lacras medievales del antiguo San Juan. ~~junto a una vidriera, donde todavía no se había~~

junto a una vidriera a ~~ser~~ ^{pronto de} apugarse, se topó con una
 de esas inconfundibles escuelas de mujer que ha creado
 la taquígrafía universal. Estaba vestida con una inme-
 diable molestia, sumergida en ese tremendo delirio que
 constituye la única soledad humana de todas las
 mujeres del mundo: la contemplación de ^{unos} trajes elegantes.
 Alfredito Aldridge se puso a contemplar a aquella mujer
 con el mismo interés, con que un paseante cosmopolita
 se hubiera parado a contemplar un farol o una
 rejilla curiosa, en algún rincón de la ciudad. La
 mujer estaba tan ensimismada en su tarea meye-
 resca, que apenas notó que había junto a ella
 otro ser. El militar se sonrió ante la imagen
 golosa de la contemplante. No había un solo resplandor
 de aquel cuerpo que no estuviera inmantado con la
 mortecina luz de la vidriera, en los rasos cabilleantes,
 con los ^{escotes} ~~escotes~~ ^{patibularios} ~~patibularios~~ de la ^{ropa} ~~ropa~~ ^{interior} ~~interior~~.
 La mujer parecía excesivamente joven para
 la hora y el sitio. Tenía el cabello un poco
^{violento} ~~violento~~ ^{costado} ~~costado~~ por el permanente, los ojos grandes y
 hermosos, el cuerpo un tanto ayado por la
 fatiga y por la vestimenta. Cuando volvió ~~la~~
^{vista} ~~los~~ ^{ojos} hacia Alfredito Aldridge, los ojos grandes
 y hermosos subieron decididamente en el aprecio
 del hombre. ~~La boca respiraba~~ ~~la~~ boca era
 un poco gruesa pero llena de generosa amistad.
 Alfredito Aldridge se desculpó con un poco de
 convencimiento:

- Lamento haberla molestado, señorita.
 Estaba tratando yo también de miras algo...

bombillos de colores hicieron el milagro de que el traje de ella no se sintiera mal:

- ¿Me permite ~~me~~ que ~~te~~ mire más de lo que hable? Aunque ~~usted~~ ^{tu} no lo ~~cala~~, yo apenas he vivido entre gente normal en este último año. ¿Cómo te llamas? -

- Lucila.

- Yo me llamo Alfredo, Alfredo Aldridge, especialista ^{de} de guerra, ciento ochenta libros, seis pies, aunque ~~usted~~ no lo crea sollero; por lo general un hombre aburrido. Tengo una casa en Estados Unidos, con unos tíos que son mis tutores, quienes creen de buena fe, que yo soy un chico extraordinario. La guerra ha venido a salvarme de una universidad que ya no sabía que hacer conmigo. Me había dado dos títulos sin ninguna confianza en mí; no quería darme el tintero. Ya lo sabes todo. ¿Tú, ¿quién eres? -

- Una biografía sobre ^{un poco} Fee. Ese es todo mi pasado y mi presente. Tal vez todo mi porvenir. -

¿Polvo? ~~¿Qué palabra era esa?~~ Para Alfredito Aldridge, heredero de una fortuna en ~~cuya~~ ^{un solo instante,} ~~la~~ ^{con} ~~cuya~~ ^{aquella} ~~creación~~ ^{palabra} ~~el~~ ^{parecía} ~~no~~ ^{parecía} ~~había~~ ^{no} ~~colaborado~~ ^{tener} ~~mucho~~ ^{sentido} ~~parecía~~ ^{mucho} ~~no~~ ^{sentido}.

Aldridge, heredero de una fortuna yacente, en cuya creación dramática ^{malgastado una sola} ~~el~~ ^{solá} ~~no~~ ^{de sudor} ~~había~~ ^{mas} ~~tenido~~ ^{menima} ~~ninguna~~ ^{participación} ~~la~~ ^{parecía} ~~parecía~~ ^{no} ~~no~~ ^{tener} ~~mucho~~ ^{sentido}. Fee, no. Ahora que la chica se había despojado de un gono bastante mezzuino y estaba con su gran cabellera ~~capilla~~

joven al aire, Alfredito Aldridge estaba en posesión de una de las emociones mas agradables que puede sentir un hombre: descubrió a una mujer hermosa. Además aquella chica tan bonita tenía la costumbre inexplicable en la clase de muchachas que caminan con los militares de no poder mentir, de ser tan diáfana de espíritu como diáfana era su mirada de mujer. ~~Real~~ Su suerte a veces camina también al filo de la media noche, como las brujas, haciéndole maldades al corazón de los hombres.

- ¿Hace mucho tiempo que trabajas? -

- Desde los quince años, ¿Por qué me lo pre-

guntas? -

- Por admiración. Tu guerra es el primer trabajo serio que he tenido en mi vida. Para mí era increíble que en el mundo existiera gente como tú. ¿Cómo es posible que habiéndolo desde esa edad te hayas podido conservar tan bonita? -

Ahora fue la mujer la que se sintió asombrada. Nunca por la cabeza de Juana ~~menchaca pudo~~

Amarós había pasado la idea de que ella pudiera ser bonita. Se acercó un poco al hombre que la acompañaba, y mirándolo lealmente en los ojos, le preguntó candorosamente:

- Oye, ¿tú crees que en realidad yo soy bonita? Perdona que sea a ti a quien te haga la pregunta. Eso, por lo general, no se le puede preguntar a un hombre, así, con franqueza, naturalmente. ^{sin que piensen mal de uno.} ¿Tú crees que en realidad yo soy bonita? -

Pero a ti sí. Posiblemente no volvámos a vernos, no habré tiempo para deplorar nada.

joven al aire, Alfredito Aldridge estaba en posesion de uno de los descubrimientos mas agradables que puede realizar un hombre: descubrir a una mujer hermosa. Ademas, por fortuna inusitada en la vida de un militar, la mujer no tenia el habito de mentir.

fantástico privilegio que tenía algo que ver con el tiempo o la duración de un ser humano. Por lo visto había mujeres en el mundo, en el mundo complicado y loco en que estamos viviendo, que tenían endosado su derecho a la belleza a otras circunstancias que no fueran la belleza misma.

Alfredito Aldridge guardó silencio un momento, con respetuosa contención. Su pregunta de aquella muchacha era tan novelesca, como la mejor novela que él hubiera podido leer. Un temblor original, mezcla de miedo y amor, de curiosidad ^{efectu.} humana había ennoblecido aquella ~~voz~~ interrogación, de una mujer que hasta ahora había vivido las infinitas horas de una vida sin el mínimo sostén que para una mujer representa creerse bonita. Su vida había sido en este pequeño detalle más dura en ella que a través de toda su fatiga de mecanografía. Por lo visto él sentía bonita, también era un ~~obscuro~~ Alfredito Aldridge no podía pensar en ningún otro derecho humano, ^{menor que el aspirar una mujer a ser} ~~superior al de la belleza~~ ^{si bella.} algo, alguien, un todo que él no conocía nada más que a través de textos universitarios, le había arrebatado a aquel espíritu el pedregazo de luz, de aire, de agua, de sol, que no se le negaba ni a una flor a medio desfogar. La mujer no entendió el silencio del hombre. Bajó la cabeza con alguna confusión. Él le tomó la mano silenciosamente, la apretó contra su mejilla como si quisiera tener cerca de sí el contacto con una ~~rosa~~ ^{rosa} de una delicada criatura ~~ideal~~ de las que ya no existen por el mundo y no encontró palabras con que protestar contra un mundo oscuro y malsano, que no le había permitido a aquella mujer descubrir ni siquiera su propia belleza. Por su mente, elaborada con el

La mujer soltó una carcajada natural que se fue a pasear por toda la noche, sobre el lomo de una ola:

- Tu verdad es que te he puesto en un aprieto pero. Pero aunque te parezca absurdo, lo que mas me ha gustado de ti es que no me hayas mentado. Ahora ya se que me tengo que meter a fea, por el resto de mi vida. -

~~Apenas habia acritud~~

Lo dijo sin acritud, casi con firmeza, hablando por sus labios gruesos y hesos una burla de si misma. Despues se entristeció por un largo momento. Alfredo Aldridge tuvo la agradable angustia de saber, que tenía que meditar ^{una noche completa} la respuesta que tendría que darle a aquella mujer. Estaba frente a un problema mas complejo del que él había intuido originalmente. Cualquiera galantería hubiera quedado en el ánimo de aquella mujer la ^{suspiro} ~~simbólica~~ de una falsedad. Su interpretación ingenua se había convertido en una interrogación hacia una serie de factores humanos de ~~escasa~~ trivialidad: hondo calado:

- No te he enamorado nadie en esta vida, nunca. -

- Claro, si. Pero era fácil leerle en los ojos lo que querían. Ese tipo de hombre nunca faltó. Pero a mí no me gustan los hombres malos. Lo que ~~falta~~ me gusta son los hombres buenos. ¿No crees? -

- Entiendo -

- Y ahora, perdoname. Pero a ver, que

te dije cuando nos encontramos es cierto: mañana ^{largo} ~~te~~ ^{debo} trabajar mucho. ^{largo} Tengo ^{debo} que irme. -

- Cuando tú digas. Te acompaño. -

La mujer volvió a vez vacilar. Alfredito Aldridge levantó hacia ella los ojos con arrogante hidalgía:

- ¿no te atreves a confiarle a mí? -

- Ah, no es eso. Pero tal vez para mí hubiera sido mejor que me dejaras otra vez donde me encontraste. Le haría menos daño ^{a mi} ~~al~~ recuerdo. -

- Por tí sería capaz esta noche de bajar al infierno mismo -

Ella lo miró con una sonrisa misteriosa en los labios, pero se dejó acompañar. Había sido su última lealtad hacia un hombre que en ella había sido leal.

El taxímetro llegó hasta un callejón sin salida, donde se encontró rodeado por unas casuchas ^{fascinerosas} ~~destacadas~~, que se secretaban las unas en las otras. El chofer luchaba fuerosamente por sacar las llantas del vehículo de una ancha zanja fangosa, ~~donde parecía sembrado~~ ~~donde resbalaba~~

donde parecía que todo se hundía al paso. Lucila Amarió se bajó silenciosamente del vehículo, mirando a su generoso acompañante con el rabillo del ojo. Aun perduraba en sus labios gruesos y sensuales la sonrisa misteriosa en que quiso despreciar de su ~~amante~~ amigo:

- Todavía tengo que caminar un poquito más. Desde
yo vivo ya no hay calles, - le explicó suavemente -

- Yo te acompañaré. ~~No te preocupes~~ hasta el final,
no te preocupes - contestó el hombre con el alma oprimida
por un dolor que no era de este mundo. Ella se apoyó en su brazo,
en la agonía de saber que cada paso que caminaban juntos
más la separaría para siempre del recuerdo de aquel hombre.
Llegaron a un sitio bordeado de agua pantanosa,
donde el paso estaba reducido a una sola tabla.
El saltó primero y la llevó por el tallo.
Así caminaron, entre charcos de aguas,
hasta adentrarse en el pequeño templo
que quedaba ya dentro del mangle:

- Aquí es, caballero, - ~~sí~~ murmuró ella con humildad.

- Como se llama este sitio, para no perderme cuando vuelva, - le preguntó el sonriente.

- El tanguito. Basta caminar hacia adentro, después del puente que dejamos atrás. - le contestó la ^omujer ^oen voz desolada sin esperanza.
- ^oFlustá ^omanana, querida amiga mía. Hay en mi tierra una costumbre, un ~~pozo~~ ~~pequeño~~, que yo ~~se~~ no sé si aquí existe. Cuando uno ha estado feliz con la chica con quien ha estado una noche, suele besarla en los labios, ~~cuando~~ al dejarla frente a su casa. - ¿me permites? -

Una mujer tímida de vergüenza, se echó en los brazos de Alfredo Aldridge. Juicio amaro nunca había besado a un hombre ~~en~~ en los labios. Su primer beso lo tenía

reservado para un hombre bueno, para el hombre en
 cuyos ojos ella pudiera leer un ruego de amistad hacia
 su destino de mujer atropellada. Alfredo Aldridge
~~beso aquellos labios con el voluptuoso secreto cuidado~~
 no sabía el beso que es capaz de dar una boca
 de mujer cuando se ~~engaña~~ ^{está dispuesta}
 a descubrir todas sus ~~miserables cosas~~ ^{miserables cosas} antes que engañar
 al hombre que ha sido bueno con ella. El chico
 tuvo la sensación que todas las estrellas del
 cielo habían descendido hasta las charcas de El
 Fanquillo para multiplicar su calor triste en aquellos
 labios heridos; que la vida había detenido todos
 su ~~largo~~ hondo latido cósmico para crear el raro
 escalofrío apasionado que sintió su cuerpo ~~vegético~~
 sensitivo, cuando aquella mujer se rindió a su

~~su chico, su vida desgraciada~~
 súplica. La chica se escapó tras una puerta;
 él estuvo un largo rato frente a aquella casucha
 familiar, que hubiera despreciado para vivir
 cualquier pero realengo, donde vivía su vida
 amorosa, asediada por los pensamientos canalleros
 de cuanto hombre ^{malo} había en la ciudad,
 esperando el momento en que la chica
 hiciera loca de espanto de aquel bejuco
 humano, donde algunas veces tenía que
 descender la ^{propia} mano de Dios ~~en persona~~

~~para que aquella carne humana~~
^a para acariciar a ^{la} aquella gente ^{por} ~~7~~ ⁷ ~~evitas~~
 que no se le pudieran despidió el latido
 que lo aguardaba ^{en} el último callejón ⁷

camino a pie, el mismo hecho que hubiera caminado
Juana Amarós si él no ^{la} hubiese salido al encuentro.
Se sintió más tranquilo al caminar hasta el hotel ~~de~~
en esa forma.

Noche tremenda, la que estaba en espera de
Alfredo Aldridge. En su mente, encasillada dentro
de la sutileza metafísica del mundo teórico de Occidente,
reinaba la misma confusión que tal vez reinaría
en la pequeña inteligencia de ~~una~~ ^{la} lazarista de
cuarenta dolares mensuales, que había dejado llena
de rubor frente a una casucha hundida en el
manglar. Casi no se atrevió a sentarse en ninguno
de los cómodos muebles de su apartamento. Optó
por sentarse en el suelo, sobrecogido por una
devastadora humildad. El ejemplo de Juana Amarós,
mujer que había sido capaz de conservar todos
sus sueños de adolescente, viviendo en un in-
ferno de aguas podridas y manglares ^{violados} ~~infectos~~,
la sonrisa misteriosa de aquella mujer, incapaz
de engañar a un hombre ni siquiera para
su pequeña ^{sobrevivencia} ~~celeste~~ del recuerdo, le había puesto
toda la inutilidad de su cultura universitaria,
de su elegante vida de militar, de su conducta
de muchacho adinerado, a cabalgar sobre la punta
de la nariz. Una ^{notista} ~~eco~~ ^{simfónica} de demasiado
humanismo, para ser descifrada en un momento

de melancolía burguesa, ~~pasaron~~ le llenaba de ruidos
 ayeros. Las viejas dos árboles ~~impresaban~~ a ponerse
 severos, las flores sentían vergüenza, en una noche
 como aquella, donde una mujer buena había tenido
 que besar al único hombre decente que había
 encontrado a su paso, enterrados ambos en el lodo
 putrefacto. Pero también podía recibirse, dentro de
 la protesta que nacía ~~incandescente~~ ^{acalorar} toda la noche,
 un arrullo de tortola, hemolo volutinoso que
 había tanto el espíritu como la carne de
 Alfredito Aldridge. El muchachote tuvo que
 cerrar los ojos bajo la azónica dulzura
 que sentía ~~guando~~ ^{caminando sobre} ~~los~~ ^{por} los mejores caminos
 de su cuerpo. Nunca en su vida de ~~juventud~~
 de sociedad, Alfredito Aldridge había sido besado
 con tanto ardor ni con tanta trélica, nunca
 un beso de mujer le había ~~entendido~~ ^{hecho} lo que
 era el ritmo profundo de la vida, como se
 lo había hecho entender el beso de Lucila
 Amaros. Se encontró, de pronto, víctima de
 un sistema estético, de un mundo extraño,
 de una educación que lo había preparado
 para una infelicidad distinguida. Aquella
 pasión le estaba tan vedada a él, como
 vedados le estaban a Lucila Amaros los
 trajes rubilantes y los escollos alucinantes

de la vidriera. Para ambos, conseguir lo que deseaban, representaba una violencia desesperada, un medio romper con todo el mundo que los rodeaba. Él estaba condenado a ser prototipo de un hombre económico, de un ente clasístico, de una ^{categoría} ego cultural, que no podía revelarse contra todo el complicado mecanismo que lo había producido. Para llegar hasta donde él estaba, había existido una legión de hombres que habían sabido domar sus pasiones auténticas, todas sus aprehensiones amorosas, todos sus anhelos de felicidad para crear aquella atmósfera donde él ahora vagaba como un alma perdida en una nebulosa de infelicidad. Ella estaba condenada a ser la humilde ~~tejanilla~~ ^{tejanilla} beldad que podía manchar en su ansia de ^{enamorado} ~~de un hombre~~ ~~de un hombre~~ ~~de un hombre~~ todo un mundo de mariposas ^{resida} claveteadas en el fondo de una caja de sándalo. Los textos de su universidad casi le habían hecho creer que era imposible la existencia de una mujer como Lucila Amaro. Él siempre creyó que el arabalista era un ser distinto, desposeído de toda hermosura, de toda moral, de cualquier sentido superior de idealidad, un hombre o una mujer a quien la miseria le había traumatizado para siempre ~~todo~~ ~~condenado~~ el espíritu. Aquella noche la guerra le había puesto frente a frente una mujer desconocida, con labios tan puros como los de cualquiera ^{mujer} ~~gran~~ ^{de clase} ~~de clase~~ dama, con una lealtad tan linda como los de

cualquiera señorilíngua educada dentro de las mas claras virtudes de la casta. El asunto era todo una confusión de arriba a abajo. La guerra. Tal vez si Alfredito Aldridge no hubiera tenido que deambular por una ciudad tan extraña como era San Juan Bautista de Puerto Rico, no estaría revisando con tanta severidad los prejuicios que podia levantar entre dos rivales dinámicas el sistema de clases. El beso, no estaba dispuesto a dejarse olvidar así porque si en la angustia erótica que estaba padeciendo en la flor de sus huesos aquel soldadito de la democracia. Solo el amanecer logró un poco de paz, rehacer un poco la paz que le hacia falta a Alfredito Aldridge para

venir
La aurora, esa luz que nace de la muerte de toda noche dolorosa, hizo el milagro de rehacer un poco la paz que tanto necesitaba el alma de Alfredito Aldridge. También le habia regalado a la frente ^{del} curioso ruscante de la noche anterior, una arruga altiva y señadora.

Cuando todavía los ojos de Juclia Amaros no se habian atrevido a desvelarse dentro de la realidad interrumpida, oyó una voz que ella creia desaparecida en el trayín de un transporte:

- Aquí estoy, Juclia, ábreme. Es mi ultimo día en tierra. Ha quedado pendiente entre los dos una repuesta. ¿No te acuerdas? -

Juclia Amaros se levanto temblando de miedo. Pero los ojos de Alfredito Aldridge la tranquilizaron. La amestibó de aquel hombre, lejos

de todas las cosas que suelen hacer a los hombres pequeños, parecía haber vuelto a cruzar el infierno de miseria que la rodeaba, sin sentir el tango que veultaba so posible gracia de taquígrafa pobre y fea:

- Serías capaz de dedicarme un día entero de tu vida, niña. -

- Como no, hombre, - contestó ella con su misteriosa sonrisa de chica leal.

- Pues por muy, ~~nada~~ ^{nada} mas en el mundo podría arrebatarme tu compañía. -

Salieron en busca de un sol que no tuviera que ofenderse de nada. Hipnoticamente Juquila Amaro se encontró frente a la vidriera de la noche anterior. Cogidos del brazo ambos contemplaron encaje a encaje, cintajo a cintajo, lujo a lujo aquel paraíso minúsculo de la vanidad mujerisca. Él la miró en los ojos, con una delicada fraternidad humana:

- Juquila, cada hombre que parte a la guerra ^{tiene} ~~tiene~~ ^{la} ~~costumbre~~ ^{que} de hacer un regalo para que Dios le permita una muerte tranquila. Mejor que mentiras mejor sea el regalo mas tranquila puede ser su muerte.

- Comprendo, dijo ella sin ningun imbarazo, aunque palideciendo. -

Por tres horas Juquila Amaro gozó de un placer que ella no había conocido aun en la vida. Una nube de modistas, costureras, dependientas, hasta el propio dueño de la tienda se apoderaron de ella, la desvistieron,

la medición, la estudiaron como a un maniquí difícil al cual había que vestir, alhazar y perfumar para que la nueva muñeca pudiera resistir el peso de todas las miradas transeúntes. Alfredito Aldredge escogió el personalmente los perfumes, ^{las colonias} las sales aromáticas, los collares, las cartillas, los pañuelos, ^{los cosméticos} y aun algunos de los vestidos, temeroso de que el mal gusto de la modestia o la timidez de la beneficiaria, pudieran dejar a medio ^{realizar} ~~hacer~~ su primer gesto de soldado. Cuando el taxímetro volvió a recogerlos todo el espacio estaba materialmente cubierto de cajas, sombrereras, pequeños paquetitos coquetamente aderezados en lazos de color, bultos donde se entrecrocaban estrechados los rasos con las sedas, las blondas con los encajes:

- Esto es una locura, una locura trágica, - murmuraba por lo bajo la mujer, pensando en su pequeño espacio. Pero en el fondo de todo aquel remolino de tubos había la tranquilidad de una muerte, para un hombre que era el único hombre bueno que fuera Amoros había sentido cerca de ella. Su mujer alguna que otra vez tenía que incrustar su pensamiento en el paisaje para detener un amor, que estaba al borde de una ~~locura~~ ^{apasionación} violenta suplicia, sabiendo que bastaría una palabra, un amago de suplicia para que su rollo

destino de taquígrafa se hundiera definitivamente en esa insostenible soledad que rodea a la novia de guerra. Además no era justo que aquel hombre generoso partiera de su lado sintiéndose responsable de una desventura. El precio era el desinterés de la amistad frente al amargo egoísmo de la pasión.

El almuerzo fue interminable. Pareando el agua de la playa que rodeaba el hotel los sorprendió un ~~oscurer~~ atardecer de Puerto Rico que hubieran deseado para sí la pareja de enamorados más exigentes del universo. Al regresar él le dijo simplemente:

- Yo tengo que partir mañana y aun me quedan algunas cosas por hacer en la ciudad. He separado un cuarto en el hotel para que puedas vestirti con toda comodidad, con algo de lo que hemos comprado. ~~Quiero bailar~~ ~~me~~ Cuando estés vestida vendré a buscarte para comer.

~~He separado~~ ~~Hay un paquete gris~~ No quiero irme sin gozar el placer de verte vestida como tú mereces. ~~apenas~~

Como tú has soñado estarlo alguna vez, como yo, desde anoche, estoy ~~desesperado~~ ^{raliviado} por verte.

El baño con sales aromáticas, las toallas calidas, la primera vez que Juicila Amuro's se encontró frente a un espejo grande con su propia desnudez, ~~los tres~~ perfumes, la reunión ruidosa de los rasos y las sedas en un cuerpo redivivo, el lento alisar ^{de} los cabellos,

el inesperado surgir de unas mejillas bajo un coloré
que parecía un rutilo de angel, ver ^{un} color en los labios
que apenas acentuaba ^{respetuosamente} la ~~traza~~ ^{traza} de su boca criolla,
todo le pareció a Juicila Amarós el desarrollo de una
suave aventura, donde había un pedazo de su alma
de laquigrafía vagando por otra nebulosa. Cuando hubo
cerrado el último broche del collar, Juicila Amarós
se acercó al espejo con una insondable interrogación.
Lo que vio en el fondo de aquella lámina imper-
turtable la dejó ~~en~~ ^{atónizada} de delicia. Tal vez
hubiera permanecido allí en un tremendo diálogo
~~con su mismo destino~~, si unos toques reposados y tiernos
no hubieran sonado en la puerta. Camino hacia
ella con la majestad amorosa de una mujer
que ha estado largamente
ella fulgiendo como una interrogación, con el
alma suspensa
ella con una interrogación quimérica en los
ojos, con una ~~alma~~ ^{voluntad amorosa} recién puesta dentro
de aquella hermosa figura que ella
había visto surgir del fondo de los
espejos, sin saber como había podido
relacionarse por su carne, y por su alma
aquella presencia mágica.

la puerta con una inteligencia mágica en los ojos, sin saber como había podido traspasar por su carne y por alma, aquella nueva presencia que ella había visto surgir del fondo de ^{unos} los espejos. Alfredito Aldridge se tambaleó como un ebrio cuando la vio aparecer. Tuvo que acudir a la amiga altiva y señadora que siempre lo salvaba en los momentos difíciles, para encontrar unas palabras en su boca:

- He invitado algunas personas ^{en mis habitaciones} ~~a mi~~ ~~aparta-~~ ~~mento~~ ^{esta última noche.} para festejar. ¿Me harías el honor de aceptar mi brazo? -

En el ^{salón} ~~apartamento~~ solo había tres personas que se pusieron automáticamente de pie, a la llegada de Alfredito Aldridge con su bella ^{amiga} ~~amiga~~ Lucía Amaros. La estancia primera estaba resplandeciente de blancura bajo una nube ^{continua} ~~larga~~ de lirios blancos largos que se habían anticipado a la ^{visita} ~~visita~~. Un hombre maduro, con voz grave caminó al encuentro de ellos, dos oficiales vestidos de gala se situaron a cada ^{lado de la} ~~uno de los~~ ^{pareja.} ~~lancos~~. Su voz grave habló de muchas cosas dulces y ~~son~~ eternas, que Lucía Amaros apenas sabía comprender. Despertó sin embargo, cuando:

- Señora Lucía Amaros tome usted por esposo a don Alfredo Aldridge, para cumplir junto a él todos los deberes y gozar junto a él de todos los derechos

que a la mujer casada le imponen las leyes de esta tierra. -

- Si - contestaron al unísono la anterior y la nueva mujer que había ^{en} ~~en~~ Juquila Amariós. - Si, como ^{para honrarle toda mi vida.} ~~para toda la vida.~~ -
 su esposo a Alfredo Aldridge

ni el resplandor de una sortija fabulosa que se había ^{refugado} ~~entrosado~~ en el dedo nupcial, ni el comedido champana de cuatro nombres, tres apenas sin tiempo para vivir la vida, en compañía de una mujer hermosa, ni el resplandor casto de los libros que embalsamaban ^{una} ~~la~~ noche ^{de artilugio,} ~~de libros.~~

~~sin embargo~~, lograron apartar los ojos de Juquila Amariós de la noble figura de aquel hombre a quien se sentía ^{hundida en una misma voluntad} ~~unida para toda la vida.~~

Por fin la soledad les permitió la tímida sonrisa a solas. ~~El se fue acercando hacia~~ la ~~mujer~~ el primer beso bien traído que ambos habían podido darse.

La guerra. Parece que la guerra le cogió ~~tan~~ ^{tan} pánico al dulzor extravagante de aquel segundo beso, porque en la puerta se sintió un tumulto ^{breve:} ~~breve:~~

^{Privado} - Soldado Alfredo Aldridge, debe usted regresar inmediatamente al campamento. Tengo ordenes de recogerlo a usted porque su transporte sale a media noche. ¿Esta usted preparado? -

- Estaré listo dentro de cinco minutos, -

contestó una voz, baxana detrás de una sonrisa genial. Los soldados giraron sobre sus talones, pero permanecieron detrás de la puerta. Lucila Amaros se lanzó temblando de miedo en los brazos de su desposado. Solamente se separó del cuello de Alfredito Aldridge para proferir:

- Una sola cosa tengo que pedirte y te la quiero pedir de rodillas: por todos los ángeles del cielo, por todo lo bueno que pueda haber en el mundo, en nombre de Dios mismo, te pido que vuelvas a mí. -

- Volveré, no te apures, - respondió el hombre con apasionada firmeza.

La guerra. La guerra fue extremadamente dura para Alfredito Aldridge.

Tuvo que dormir por meses y meses sobre el lodo, padecer hambre y sed de fiebre maligna, vencer la soledad; en un desembarco se le destruyó un brazo; su barco hospital fue devorado por las llamas; tuvo Dios en persona que agarrarlo por los cabellos para que al lesionarlo no se lo tragarán las olas de un naufragio, pero regresó. Una noche de noviembre, casi bajo la luna irónica que lo había despedido, regresó. En el ^{mismo} hotel lo esperaba, vestida en las mismas ropas que lucía

la noche de sus bodas, cerca de una pirámide de capas sin aban, de bultos sin deshoar, de joyas intocadas, una mujer a quien la muerte del privado hubiera hundido en el mar infame de los desdenes humanos. Cuando Alfredito Aldridge volvió a mirar aquella mujer, hermosa cada ahora más que nada por el dolor amoroso de una ausencia fraguada a los pies mismos de una felicidad trunca, sintió que sus ojos se le elevaban de lágrimas. Para él, solo aquella parte de la guerra que había intervenido en el rescate moral de aquella mujer admirable, tenía sentido.

Puerto Rico 1948.